

# EL NIDO DE CÓNDORES

---

Autor: OLEGARIO VÍCTOR ANDRADE

---

I

En la negra tiniebla se destaca,  
como un brazo extendido hacia el vacío  
para imponer silencio a sus rumores,  
un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,  
de nieve que gotea  
como la negra sangre de una herida,  
abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes  
van pasando, calladas,  
como tropas de espectros, que dispersan  
las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo  
en el peñasco mismo,  
que se mueve y palpita cual si fuera  
el corazón enfermo del abismo.

Es un nido de cóndores, colgado  
de su cuello gigante,  
que el viento de las cumbres balancea  
como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos  
en cuyo negro seno  
parece que fermentan las borrascas,  
y que dormita el trueno.

Aquella negra masa se estremece  
con inquietud extraña:  
¡Es que sueña con algo que lo agita  
el viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle ni la sierra  
de encantadoras galas;  
ni menos con la espuma del torrente  
que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible

que en la noche se inflama  
despeñando por riscos y quebradas  
sus témpanos de llama.

No sueña con la nube voladora  
que pasó en la mañana  
arrastrando en los campos del espacio  
su túnica de grana.

Muchas nubes pasaron a su vista,  
holló muchos volcanes;  
su plumaje mojaron y rizaron  
torrentes y huracanes.

Es algo más querido lo que causa  
su agitación extraña:  
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza  
del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía,  
vencedor inclemente,  
trayendo los despojos palpitantes  
en la garra potente,

bajaban dos viajeros presurosos  
la rápida ladera;  
un niño y un anciano de alta talla  
y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano,  
con acento vibrante,  
"¡Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto  
de esta cumbre gigante!".

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;  
lanzó ronco graznido,  
y fue a posar el ala fatigada  
sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido  
de fúnebre congoja,  
pasó la noche, y sorprendiólo el alba  
con su pupila roja.

II

Enjambres de recuerdos punzadores  
pasaban en tropel por su memoria,  
recuerdos de otros tiempos de esplendores,  
de otros tiempos de glorias,  
en que era breve espacio a su ardimiento

la anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,  
iba en pos de la niebla fugitiva,  
dando caza a las nubes en oriente;  
o con mirada altiva  
en la garra pujante se apoyaba  
cual se apoya un titán sobre su clava.

Una mañana, ¡inolvidable día!,  
ya iba a soltar el vuelo soberano  
para surcar la inmensidad sombría,  
y descender al llano  
a celebrar con ansia convulsiva  
su sangriento festín de carne viva,

cuando sintió un rumor nunca escuchado  
en las hondas gargantas de occidente:  
el rumor del torrente desatado,  
la cólera rugiente  
del volcán que, en horrible paroxismo,  
se revuelca en el fondo del abismo.

Choque de armas y cánticos de guerra  
resonaron después. Relincho agudo  
lanzó el corcel de la argentina tierra  
desde el peñasco mudo,  
y vibraron los bélicos clarines,  
del Ande gigantesco en los confines.

Crecida muchedumbre se agolpaba,  
cual las ondas del mar en sus linderos;  
infantes y jinetes avanzaban,  
desnudos los aceros,  
y, atónita al sentirlos, la montaña  
bajó la frente y desgarró su entraña.

¿Dónde van? ¿Dónde van? Dios los empuja,  
amor de Patria y libertad los guía:  
¡donde más fuerte la tormenta ruja,  
donde la onda bravía  
más ruda azote el piélago profundo,  
van a morir o libertar un mundo!

III

Pensativo, a su frente, cual si fuera  
en muda discusión con el destino,  
iba el héroe inmortal que en la ribera  
del gran río argentino  
al león hispano asió de la melena

y lo arrastró por la sangrienta arena.

El cóndor lo miró, voló del Ande  
a la cresta más alta, repitiendo  
con estridente grito: "¡Este es el grande!".  
Y San Martín, oyendo,  
cual si fuera el presagio de la historia,  
Dijo a su vez: "¡Mirad! ¡Esa es mi gloria!".

#### IV

Siempre batiendo el ala silbadora,  
cabalgando en las nubes y en los vientos,  
lo halló la noche y sorprendió la aurora;  
y a sus roncós acentos,  
tembló de espanto el español sereno  
en los umbrales del hogar ajeno.

Un día... se detuvo; había sentido  
el estridor de la feroz pelea;  
viento de tempestad llevó a su oído  
rugidos de marea;  
y descendió a la cumbre de una sierra,  
la corva garra abierta, en son de guerra.

¡Porfiada era la lid! Por las laderas  
bajaban los bizarros batallones,  
y penachos, espadas y cimbras,  
cureñas y cañones,  
como heridos de un vértigo tremendo,  
¡en la cima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid! En la humareda  
la enseña de los libres ondeaba,  
acariciada por la brisa leda  
que sus pliegues hinchaba:  
y al fin entre relámpagos de gloria,  
¡vino a alzarla en sus brazos la victoria!

Lanzó el cóndor un grito de alegría,  
grito inmenso de júbilo salvaje;  
y, desplegando en la extensión vacía  
su vistoso plumaje,  
fue esparciendo por sierras y por llanos  
jirónes de estandartes castellanos.

#### V

Desde entonces, jinete del vacío,  
cabalgando en nublados y huracanes  
en la cumbre, en el páramo sombrío,

tras hielos y volcanes,  
fue siguiendo los vívidos fulgores  
de la bandera azul de sus amores.

La vio al borde del mar, que se empinaba  
para verla pasar, y que en la lira  
del bronce de sus olas entonaba,  
como un grito de ira,  
el himno con que rompen las cadenas  
de su cárcel de rocas y de arenas.

La vio en Maipú, en Junín y hasta en aquella  
noche de maldición, noche de duelo,  
en que desapareció como una estrella  
tras las nubes del cielo;  
¡y al compás de sus lúgubres graznidos  
fue sembrando el espanto en los dormidos!

¡Siempre tras ella, siempre!, hasta que un día  
la luz de un nuevo sol alumbró al mundo,  
el sol de libertad que aparecía  
tras nublado profundo,  
y envuelto en su magnífica vislumbre,  
¡tornó soberbio a la nativa cumbre!

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero,  
en el calvo señor de la montaña!  
Por eso se agitaba entre su nido  
con inquietud extraña;  
y, al beso de la luz del sol naciente,  
volvió otra vez a sacudir las alas  
y a perderse en las nubes del oriente!

¿A dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?  
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?  
Va a esperar del Atlántico en la orilla,  
los sagrados despojos  
de aquél gran vencedor de vencedores,  
a cuyo solo nombre se postraban  
tiranos y opresores.

Va a posarse en la cresta de una roca,  
batida por las ondas y los vientos,  
¡Allá donde se queja la ribera  
con amargo lamento  
porque sintió pasar planta extranjera  
y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! Cuando la nave asome

portadora del héroe y de la gloria.  
Cuando el mar patagón alce a su paso  
los himnos de victoria,  
volverá a saludarlo, como un día  
en la cumbre del Ande,  
para decir al mundo: ¡Éste es el grande!